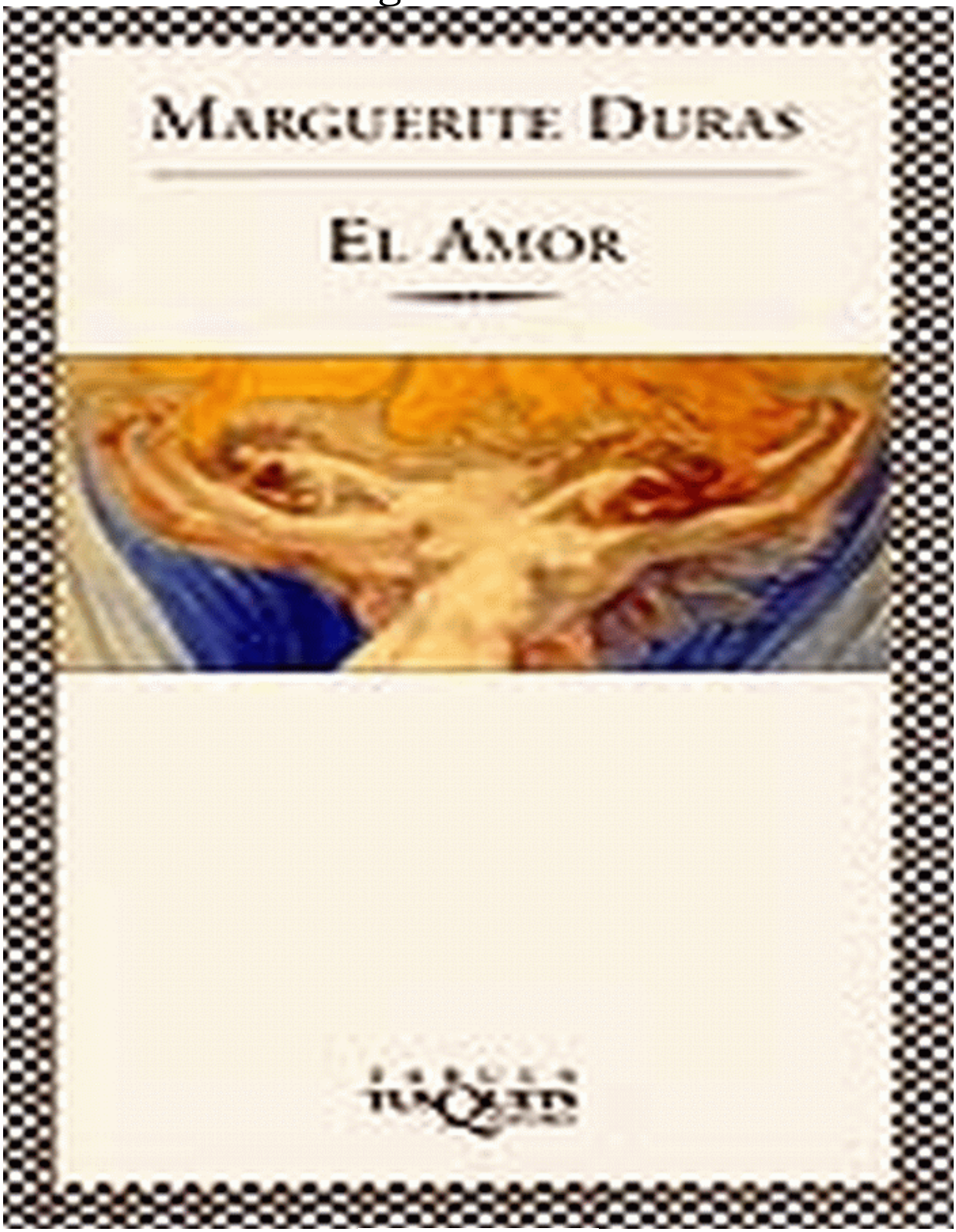
EL AMOR
Marguerite Duras



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El amor

Un hombre.

Está de pie, mira: la playa, la mar. La mar está baja, apacible, la estación es indefinida, el tiempo, lento.

El nombre se encuentra en un camino de tablas colocado sobre la arena.

Va vestido con ropas oscuras. Puede distinguirse su rostro.

Sus ojos son claros.

No se mueve. Mira.

La mar, la playa, hay charcos, superficies aisladas de agua tranquila.

Entre el hombre que mira y la mar, siguiendo la orilla de la mar, lejos, alguien camina. Otro hombre. Va vestido con ropas oscuras. A esta distancia su rostro es indistinto. Camina, va, viene, va, vuelve, su recorrido es bastante largo, siempre igual.

En alguna parte de la playa, a la derecha del que mira, un movimiento luminoso: un charco se vacía, una fuente, un río, unos ríos, sin punto de reposo, alimentan el abismo de sal.

A la izquierda, una mujer con los ojos cerrados. Sentada.

El hombre que camina no mira, nada, nada que no sea la arena que tiene ante él. Su caminar es incesante, regular, lejano.

El triángulo se cierra con la mujer de los ojos cerrados. Está recostada en un muro que delimita la playa hacia su final, hacia la ciudad.

El hombre que mira se encuentra entre esa mujer y el hombre que camina por la orilla de la mar.

Debido al hombre que camina, constantemente, con una lentitud regular, el triángulo se deforma, se reforma, sin romperse nunca.

Ese hombre tiene el paso regular de un prisionero.

El día declina.

La mar, el cielo, ocupan el espacio. A lo lejos, la mar ya está oxidada por la luz oscura, al igual que el cielo.

Tres, son tres en la luz oscura, en la red de lentitud.

El hombre sigue caminando, va, viene, frente a la mar, al cielo, pero el hombre que mira se ha movido.

El deslizamiento regular del triángulo sobre sí mismo acaba:

El hombre se mueve.

Comienza a caminar.

Alguien camina, cerca.

El hombre que miraba pasa entre la mujer de los ojos cerrados y el hombre lejano, el que va y viene, prisionero. Se oye el martilleo de su paso sobre el camino de tablas de la orilla de la mar. Este paso es irregular, inseguro.

El triángulo se deshace, se suprime. Acaba de deshacerse: en efecto, el hombre pasa, se le ve, se le oye.

Se oye: el paso se espacia. El hombre debe de mirar a la mujer de los ojos cerrados situada en su camino.

Sí. El paso se detiene. Él la mira.

El hombre que camina por la orilla de la mar, y solamente él, mantiene

su movimiento inicial. Sigue caminando con su paso infinito de prisionero.

La mujer es mirada.

Tiene las piernas extendidas. Está en la luz oscura, empotrada en el muro. Ojos cerrados.

No nota que la miran. No sabe que es mirada.

Se mantiene frente a la mar. Rostro blanco. Manos medio enterradas en la arena, inmóviles como el cuerpo. Fuerza detenida, desplazada hacia la ausencia. Detenida en su movimiento de fuga. La ignoran, se ignoran.

El paso se reanuda.

Irregular, inseguro, se reanuda.

Se detiene de nuevo.

Se reanuda de nuevo.

El hombre que miraba ha pasado ya. Su paso se oye cada vez menos. Se le ve, va hacia un malecón que está tan alejado de la mujer como ella lo está del caminante de la playa. Más allá del malecón, otra ciudad, mucho más allá, inaccesible, otra ciudad, azul, que comienza a motearse de luces eléctricas. Después de otras ciudades, otra más: la misma.

El hombre llega al malecón. No lo ha rebasado.

Se detiene. Luego, a su vez, se sienta.

Está sentado sobre la arena, frente a la mar. Deja de mirar algo, la playa, la mar, al hombre que camina, a la mujer de los ojos cerrados.

Durante un instante nadie mira, nadie es visto:

Ni el prisionero loco que sigue caminando por la orilla de la mar, ni la mujer de los ojos cerrados, ni el hombre sentado.

Durante un instante nadie oye, nadie escucha.

Y luego se oye un grito:

el hombre que miraba cierra los ojos a su vez bajo el impulso de una tentativa que lo empuja, lo levanta, levanta su rostro hacia el cielo, su rostro se descompone y el hombre grita.

Un grito. Han gritado hacia el malecón.

El grito ha sido proferido y se le ha oído en el espacio entero, ocupado o vacío. Ha lacerado la luz oscura, la lentitud. Sigue batiendo el paso del hombre que camina, él no se ha detenido, no ha aminorado su marcha, pero ella, ella ha levantado ligeramente su brazo con un gesto infantil, se ha cubierto con él los ojos, y ha permanecido así algunos segundos, y él, el prisionero, ha visto ese gesto: ha vuelto la cabeza en dirección a la mujer.

El brazo ha caído de nuevo.

La historia. La historia comienza. Ha comenzado antes del caminar por la orilla de la mar, antes del grito, del gesto, del movimiento de la mar, del movimiento de la luz.

Pero ahora se hace visible. Se ha implantado ya sobre la arena, sobre la mar.

El hombre que miraba regresa.

Se oye de nuevo su paso, se le ve, regresa del malecón. Su paso es lento. Su mirada está extraviada.

A medida que se acerca al camino de tablas, aumenta el ruido, gritos,

gritos de hambre. Son las gaviotas de la mar. Están ahí, estaban ahí, alrededor del hombre que camina.

He aquí que ahora se oye de nuevo el paso del hombre que miraba.

Pasa por delante de la mujer. Entra en el campo de su presencia. Se detiene. La mira.

Llamaremos a este hombre el viajero -si por casualidad ello es necesario- a causa de la lentitud de su paso, a causa del extravío de sus ojos.

Ella abre los ojos. Ella le ve, ella le mira.

Él se acerca a ella. Se detiene. Llega hasta su lado.

Él pregunta:

-¿Qué hace usted ahí? Se va a hacer de noche.

Ella responde muy claramente:

-Miro.

Ella señala ante ella, la mar, la playa, la ciudad azul, la blanca capital tras la playa, la totalidad.

Él se vuelve: el hombre que camina por la orilla de la mar ha desaparecido.

Él da un paso más, se apoya en el muro.

Él está allí, a su lado.

La luz cambia ahora de intensidad, está cambiando.

Blanquea, cambia, cambia. Él dice:

-La luz cambia.

Ella se vuelve apenas hacia él, ella habla. Su voz es clara, de una dulzura monótona que puede asustar.

-Ha oído usted que han gritado.

Su tono no exige respuesta. Él responde.

-Lo he oído.

Ella se vuelve hacia la mar.

-Ha llegado usted esta mañana.

-Así es.

El perfil de las palabras es muy claro. Ella señala a su alrededor, el espacio, y explica:

-Esto es S. Thala, hasta el río.

Ella se calla.

La luz continúa cambiando.

Él levanta la cabeza, mira lo que ella acaba de mostrar: ve que, por el fondo de S. Thala, hacia el sur, el hombre que camina regresa, avanza en medio de las gaviotas, llega.

La progresión de su marcha es regular.

Como el cambio de la luz.

Accidente.

Todavía la luz: es la luz. Cambia; después, de pronto, ya no cambia. Crece, ilumina, y luego permanece así, iluminante, igual. El viajero dice:

-La luz.

Ella mira.

El hombre que camina llega hasta el punto de su recorrido donde poco antes se había detenido. Se detiene. Se vuelve, ve, mira él también, espera, mira de nuevo, parte otra vez, viene.

Él viene.

No se oye ya su paso.

Llega. Se detiene frente al que se apoya en el muro, el viajero. Sus ojos son azules, de una transparencia sorprendente. La ausencia de su mirada es absoluta. Habla con una voz fuerte, señala a su alrededor, todo. Dice:

-¿Qué está pasando?

Agrega:

-La luz se ha detenido.

El tono expresa una violenta esperanza.

Luz detenida, iluminante.

Miran la luz detenida alrededor de ellos, iluminante. El viajero habla el primero:

-Esto va a seguir su curso.

-¿Usted cree?

-Lo creo.

Ella se calla.

Él se acerca al viajero apoyado en el muro. La mirada azul es de una fijeza devoradora. Señala con la mano, señala lo que hay detrás del muro.

-¿Vive usted allí, en ese hotel?

-Sí, así es -y añade-: llegué esta mañana.

Ella calla, continúa mirando la luz detenida. Él aparta sus ojos del viajero, descubre de nuevo la detención de la luz.

-Algo va a ocurrir, esto no es posible.

Silencio: con la luz, también se ha detenido el ruido, el ruido de la mar.

La mirada azul vuelve, se posa con insistencia en el viajero.

-No es la primera vez que viene usted a S. Thala.

El viajero trata de responder, abre la boca varias veces para responder.

-Es decir... -Se detiene.

Su voz no tiene eco. La inmovilidad del aire iguala a la de la luz.

Él continúa tratando de responder.

Los otros no esperan respuesta.

En la imposibilidad de responder, el viajero levanta la mano y señala a su alrededor, el espacio. Una vez hecho este gesto, consigue ir adelante en la respuesta.

-Es decir... -Se detiene-. Me acuerdo..., eso es..., me acuerdo...

Se detiene.

La voz de timbre luminoso asciende hasta él, le da la réplica, su claridad es deslumbrante.

-¿De qué?

Un impulso incontrolable, orgánico, de una fuerza muy grande, le priva de voz. Responde sin voz:

-De todo, del conjunto.

Él ha respondido:

el movimiento de la luz se reanuda, el ruido de la mar recomienza, la mirada azul del hombre que camina se aparta.

El hombre que camina muestra a su alrededor la totalidad, la mar, la playa, la ciudad azul, la blanca capital, dice:

-Esto es S. Thala, hasta el río.

Su movimiento se detiene. Después, su movimiento se repite, muestra de nuevo, pero con más precisión, según parece, la totalidad, la mar, la

playa, la ciudad azul, la blanca, después también otras, otras más: la misma, él añade:

-Después del río también es S. Thala.

Se va.

Ella se levanta, le sigue. Sus primeros pasos son titubeantes, muy lentos. Luego se regularizan.

Ella camina. Ella le sigue.

Se alejan.

Al parecer, rodean S. Thala, no penetran en su espesor.

Se hace de noche.

Noche.

La playa, la mar están en la noche.

Un perro pasa, va hacia el malecón.

Nadie anda por el camino de tablas, pero en los bancos que están a lo largo de ese camino algunos habitantes se han sentado. Descansan. Están silenciosos. Están separados los unos de los otros. No se hablan.

El viajero pasa. Camina lentamente, va en la misma dirección que ha tomado el perro.

Se detiene. Vuelve atrás. Se diría que pasea. Se aleja de nuevo.

Ya no se ve su rostro.

La mar está llana. No hay viento.

El viajero pasa de nuevo. El perro no vuelve a pasar. Parece que la marea comienza a subir. Se oye cómo se aproxima. Un choque sordo llega de las desembocaduras. El cielo está muy oscuro.

Noche todavía.

El viajero se ha sentado frente a una ventana abierta en una habitación. Se encuentra aprisionado en un volumen de luz eléctrica. No se ve lo que hay más allá de la ventana de ese lado del hotel.

Fuera, la noche.

Lo que se oye no es la mar. La habitación no da a la mar. Es un roer incesante, muy sordo, de una extensión ilimitada.

El hombre coge un papel, escribe: «S. Thala, S. Thala, S. Thala».

Se detiene. Parece que duda entre las palabras escritas.

Sigue escribiendo. Lentamente, con seguridad, escribe: «S. Thala, 14 de septiembre».

Subraya la primera palabra. Después, sigue escribiendo:

«No vengas, ya no vale la pena».

Aleja de él la carta, se levanta.

Da unos pasos por la habitación.

Se echa sobre la cama.

Es el viajero, el hombre del hotel.

Está echado sobre la cama bajo el mismo volumen de luz eléctrica, se vuelve hacia el lado de la pared, ya no se ve su rostro.

A lo lejos, en el espesor de la roedura, en la materia negra, cruzan unas sirenas de coches de policía.

Después ya sólo se oye el roer en la materia negra.

Día.

El hombre va de nuevo a la orilla de la mar.

Ella está allí de nuevo, contra el muro.

La luz es intensa. Ella está completamente inmóvil, sus labios están apretados. Está pálida.

En la playa hay cierta vida.

Al aproximarse el viajero, ella no hace signo alguno.

Él va hacia el muro, se sienta al lado de ella. Mira lo que ella, al parecer, trata de no ver: la mar, el movimiento nauseabundo del oleaje, las gaviotas de la mar que gritan y devoran el cuerpo de la arena, la sangre. Ella dice lentamente:

-Espero un hijo, tengo ganas de vomitar.

-No mire, mire hacia mí.

Ella se vuelve hacia él.

Allá abajo, el hombre se detiene en medio de las gaviotas. Luego sigue andando, va hacia el malecón. Ella pregunta:

-¿Hace tiempo que está usted aquí?

-Sí.

Ella se detiene, con la cara hacia la arena. Él mira hacia el malecón, hacia aquel que se aleja.

-¿Quién es?

Ella responde con un leve retraso.

-Nos vigila -replica ella-, nos vigila, nos acompaña.

La mira un largo rato.

-Ese recorrido siempre igual... Ese paso tan regular... Se diría que...

Ella hace un signo: no.

-No, es el paso de aquí -prosigue-, es el paso aquí, en S. Thala.

Esperan.

En la mar, incesante, el oleaje, la fiebre.

-¿Ha tratado de vomitar?

-No sirve de nada, esto empieza de nuevo.

Continúan esperando.

La luz comienza a descender.

Las primeras gaviotas abandonan la playa, parten hacia el malecón.

El caminante no vuelve sobre sus pasos: sube hacia S. Thala, no penetra en ella, prosigue por detrás del malecón. Ya no se le ve.

El viajero dice:

-¿Estamos solos?

Ella dice por señas:

-No.

Esperan.

Unas gaviotas siguen yéndose entre resplandores blancos.

Se van.

Su partida se precipita.

El viajero dice:

-Puede usted volver a mirar.

Ella comienza a hacerlo, pero con prudencia, con precaución: el movimiento de la mar continúa viéndose, el oleaje aflora y se resuelve en resplandores blancos. Él dice:

-El color desaparece.

El color desaparece.

Después, a su vez, desaparece el movimiento.

Las últimas gaviotas de la mar se han ido. La arena cubre de nuevo la playa. El viajero dice:

-Ya no hay nada.

Él la oye, ella respira, ella se mueve, mira, inspecciona largo tiempo la oscuridad que llega, las arenas. Luego, se inmoviliza de nuevo.

Ella oye, ella escucha, dice:

-Hay un ruido.

Él escucha. Al fin oye algo: cree oír de nuevo la corriente, el descenso continuo de las aguas hacia la sima de sal. Él dice:

-Es el agua.

-No -ella hace una pausa-, eso viene de S. Thala.

-¿Qué es?

-S. Thala, el ruido de S. Thala.

Él escucha todavía mucho tiempo. Reconoce el roer incesante. Pregunta:

-¿Comen?

Ella no lo sabe con precisión. Dice:

-O se recogen -añade-, o duermen, o nada.

Ambos se callan, esperan callados a que disminuya el ruido de S. Thala.

El ruido parece disminuir. Ella respira de nuevo.

Ella se remueve.

Le mira a él, al viajero, escruta las ropas, el rostro, las manos. Ella toca la mano, la roza con precaución, con dulzura, después le llama, señala el malecón y dice:

-El grito venía de allí.

En la dirección que ella acaba de indicar, él surge.

Él todavía está lejos.

Vuelve del malecón el hombre que camina. Ya está ahí.

Detrás de él, la marea sube, la masa del encadenamiento continuo comienza a iluminarse con luces eléctricas. Tras la masa, las humaredas del petróleo, muy oscuras.

Él llega, camina por la orilla de la mar, sin mirar.

Ella se lo muestra al viajero: -Él vuelve.

Él mira.

-¿Vuelve de dónde?

Ella busca en la dirección que acaba de rebasar el hombre que camina, ella está limpia, ella dice:

-Algunas veces él deja atrás S. Thala, pero ya es bastante con saberlo -y agrega-: con esperar.

Allá lejos él sigue acercándose, asciende por la playa, tuerce en dirección a ellos. El viajero dice:

-No podemos dejar atrás S. Thala, no podemos entrar allí.

-No, pero él -ella hace una pausa-, él, algunas veces, se pierde.

Él viene. Ellos esperan.

Él llega. Está allí. Les mira. Se sienta, calla, su mirada azul escudriña a su vez el espacio, y luego habla, les informa con gran precisión:

-Nos habíamos equivocado -y prosigue-: el grito venía de más lejos.

Ellos esperan: él no agrega nada.

-¿De dónde?

-De todas partes. -Se detiene-. Eran numerosos: millones. -Se detiene otra vez-. Todo está devastado.

Él la ve. La señala.

-¿Ha intentado vomitar?

El viajero le responde.

-No sirve de nada. La cosa vuelve a empezar.

-Es verdad.

Ella es la primera que se levanta. Ella se levanta. Ella está de pie. Se apoya en el muro.

Pasa un rato; después, ellos también se levantan.

Ellos están de pie.

El viajero señala la mar que está ante ellos, la mar, y después, más atrás, el espesor:

-¿Qué hace usted? ¿Camina por la orilla de la mar? ¿Por la orilla de S. Thala?

-Sí.

-¿Nada más?

-No.

La mirada azul se vuelve hacia la mar, regresa. Es límpida, de una intensidad fija. El viajero prosigue:

-Sin embargo..., ese movimiento tan claro, tan regular..., ese recorrido tan preciso...

-No. No... -se interrumpe-, no -se interrumpe otra vez-. Estoy loco.

Ellos se miran, ellos miran, esperan. Llega el viento, pasa sobre S. Thala. La mirada azul vigila el cielo, la mar, cualquier movimiento, con una atención pareja.

El primero en alejarse, en salir de la inmovilidad, es él, el hombre que camina. Su paso es regular en cuanto comienza a caminar.

Ella le sigue. Los pasos de ella son al principio titubeantes, muy lentos. Después se igualan. Ella camina como él le marca. Ella comienza a seguirle, pero con retraso.

Entonces, él se detiene para permitir que le alcance. Ella le alcanza.

Entonces él reanuda su marcha hacia adelante, hacia el río. Ella le alcanza de nuevo. Él sigue caminando. Así deben cubrir cada día la distancia, el espacio de las arenas de S. Thala.

Ellos desaparecen, vuelven por la orilla del río. Rodean, evitan, no penetran en la espesura de piedra.

Tres días.

Tres días entre los cuales hay un domingo. El ruido aumenta, S. Thala se bambolea, luego el ruido decrece.

Estalla una tormenta que encrespa la mar.

Tres noches.

Por la mañana, hay unas gaviotas muertas en la playa. Hacia el lado del malecón, un perro. El perro muerto está frente a los pilares de un casino bombardeado. Por encima, el cielo es muy sombrío, por encima del perro muerto. Es después de la tormenta, la mar está embravecida.

El lugar del muro sigue vacío, el viento bate.

La mar se lleva el perro muerto, las gaviotas.

El cielo se calma. El encadenamiento continuo emerge de los petróleos. Después la mar. El sol.

Sol. Por la tarde.

Cuando ella reaparece es por la tarde. Llega por el camino de tablas. Detrás de ella, el que camina.

Ya están ahí. Llegan al río, lo atraviesan, van por los lindes de S. Thala, los recorren. Salen de tres días de oscuridad, se les ve de nuevo a la luz solar de una S. Thala desierta.

El viajero sale del hotel que se encuentra detrás del muro, les ve, va hacia ellos.

Detrás de ella, él se detiene en cuanto el viajero sale del hotel. Ella avanza. Ella todavía no ha visto que el viajero va a su encuentro. Ella avanza movida por la voluntad de aquel que está detrás de ella.

Son alcanzados. Ella ve al viajero, no acaba de reconocerlo.

Ella le reconoce.

Detrás de ella, el otro da media vuelta, parte de nuevo. Ha partido hacia el río.

Ella dice:

-Ah, ha venido usted.

La tormenta ha ahondado sus rasgos.

Ellos parten primero hacia el malecón, después hacia el río, se detienen, reanudan la marcha, van hacia una fuerte luz que se encuentra en el camino de tablas, al borde de la mar, al borde de la arena, antes del espesor, del encadenamiento de piedra.

Ellos miran la luz durante mucho tiempo.

Después entran.

Ella tiene hambre.

Ella come, mira, oye. Hay cosas que ver, cosas que oír, oleadas de palabras, unas palabras, unas risas. Él mira con ella, pero de una manera diferente, a veces se vuelve y la mira. Ella dice:

-Tengo hambre, espero un hijo. Cuando lo dice, sus ojos se agrandan y se apagan enseguida. Ella repite:

-Un hijo.

-¿Todavía?

-Sí.

-¿De quién?

Ella no lo sabe.

-No lo sé.

Ella huele a arena, a sal. La tormenta ha ennegrecido sus ojos.

El ruido del café aumenta. Cuando el ruido aumenta demasiado, sus ojos se abren dolorosamente. Su distracción es continua. Ella pregunta:

-¿Viene usted a S. Thala cada día?

-Sí.

-Está lejos -y agrega-: es una larga distancia, ¿verdad?

-Sí.

El viajero intenta ver más allá del lugar cerrado, más allá de los cristales.

Ella, ella sólo mira ahí, el lugar cerrado.

Más allá de los cristales, del camino de tablas, de la playa, alguien

pasa, una sombra camina con paso monótono, se dirige activamente hacia la masa negra del malecón. El viajero la sigue con los ojos mucho tiempo, hasta que ella desaparece tras la masa negra. El viajero dice:

-Él acaba de pasar por allá abajo, caminaba muy rápido, no miraba nada.

Ella dice claramente:

-Está buscando -y añade-: hay que dejarle.

Ella ve quién está a su lado: es el viajero, el hombre del hotel. Alza la mano, toca el rostro que está mirando, la mano permanece posada mientras ella mira, está tibia, toca la piel con dulzura mientras la voz estalla sin eco alguno.

-Ha vuelto usted a S. Thala, ¿por qué?

Ellos se miran.

-Se trata de un viaje. -Él se interrumpe.

Continúan mirándose, luego el rostro se aparta, la mano cae.

Permanecen así, sin hablar.

Mucho tiempo.

El ruido decrece.

El lugar se vacía.

Ellos miran, escuchan lo que tienen ante ellos. Mucho tiempo.

Aquí el ruido sigue decreciendo. Ella está como atenta a un término cuya amenaza parece aumentar a medida que disminuye el ruido. Ella dice:

-Se van.

-¿Quiénes?

Ella señala dentro de los cristales, detrás, en todas partes, el encadenamiento de carne. Su gesto es abierto, de una ternura desesperada:

-Mis gentes de S. Thala.

El ruido, aquí, ha cesado. Allá lejos, el roer incesante comienza de nuevo. Aumenta.

Se transforma.

Se convierte en un canto. Es un canto lejano.

Las gentes de S. Thala cantan.

Ella mira a su alrededor, delante de ella:

-Se han ido. -Ella escucha-. ¿Les oye usted?

Sus miradas parten, atraviesan los cristales, ellos escuchan cómo cantan. Escuchan el canto lejano. Ella levanta la mano:

-¿Oye usted? -Ella se interrumpe-. Esa música de ahí.

Es una marcha lenta de solemnes acentos. Una danza lenta, de bailes muertos, de fiestas sangrientas.

Ella no se mueve. Escucha el himno lejano. Dice:

-Es necesario que duerma o me moriré.

Señala en dirección al lugar donde ella duerme.

-Hay que cruzar el río. -Se calla.

Ella escucha.

Él siente miedo: ella no se mueve, no respira, escucha esa música de allá lejos. Él pregunta:

-¿Quién es usted?

La música continúa todavía. Ella le responde:

-La policía tiene un número.

La música continúa todavía. Ella le mira.

-¿Por qué llora usted?

-¿Lloro?

La puerta se abre con un gran estrépito de viento.

El hombre que camina.

Está aquí.

Entra, solo, en el espacio cerrado, la puerta se cierra de nuevo. De repente, con él, el
yodo de la mar, la sal, el fulgor azul de los ojos del pleno día, de la noche plena.

Él se levanta, escucha la danza lejana, dice:

-¿Recuerdan? La música de S. Thala.

Permanece erguido. Escucha. Una sonrisa pura barre su rostro. Escucha profundamente, con una gravedad insensata, la música lejana.

Ella señala al viajero, ella dice:

-Llora.

A su vez, los ojos azules se llenan de lágrimas. La sonrisa permanece fija. Él explica:

-La música de S. Thala hace llorar.

La música cesa.

Él trata de escuchar todavía. Renuncia.

El roer se reanuda, el silencio.

Ella dice, señalando al viajero:

-Tenía miedo.

-¿De qué?

-De no volver a verle a usted.

-Es cierto que…

Los ojos azules se inmovilizan, ven de nuevo. Ven de nuevo el peligro, la perdición.

-Es cierto que me perdí allá lejos, dejé atrás la distancia -agrega-, y la hora.

Él señala la dirección solitaria que hay detrás de la masa negra del malecón. Su mano tiembla.

-No sabía cómo volver.

Él ya no señala nada. Olvida, la ve a ella, olvida. Él dice al viajero:

-¿Se lo ha explicado ella? Es necesario que ella duerma.

Él se dirige al viajero:

-Hay que cruzar el río, está cerca de la estación, entre los dos brazos.

-¿Qué hay allí?

-La prisión de S. Thala, su gobierno.

Se levantan. Salen.

Noche.

A la luz eléctrica el viajero escribe. El viajero aleja de sí la carta, se queda así.

Ante él, la carretera vacía; tras la carretera, unas villas con luces apagadas, unos parques. Detrás de los parques, el espesor, inasible, S. Thala erguida.

Toma otra vez la carta. Escribe. «S. Thala, 14 de septiembre.»

«No vengas, no vengas ya, a los niños diles cualquier cosa.»

La mano se detiene, reanuda la escritura:

«Si no consigues explicárselo, déjalos que inventen».

Deja la pluma, la toma de nuevo:

«No lamentes nada, nada, acalla cualquier dolor, no comprendas nada, has de decirte que entonces estarás más cerca de...», la mano se alza, prosigue, escribe: «la inteligencia».

El viajero aleja de sí la carta. Sale de su habitación.

La habitación sigue iluminada sin presencia alguna.

Noche. S. Thala desierta.

Él camina. Es el viajero, el hombre del hotel.

Atraviesa el río, pasa junto a la estación.

La mar asciende entre las márgenes de cieno. El cielo se agita mucho, está muy bajo, muy oscuro, negro en algunas partes. La estación está cerrada.

Él se gira. Está allí. El río se separa. Está allí, entre los dos brazos del río.

Es un gran edificio de piedra, de formas sencillas. La escalinata da a un terreno bordeado por los brazos del río.

Ella está allí, duerme en el peldaño más alto de la escalinata, respaldada en la pared del edificio, en la misma postura que en la playa.

Él también está allí. Está de pie en la punta extrema del terreno, frente a las desembocaduras, a la brecha de la mar.

Él habla.

El viajero avanza por el terreno de la isla. Hay huellas de la tormenta, ramas quebradas. Pasa por delante de ella, se aproxima, ve que ella duerme profundamente. Su respiración es rítmica, calmada.

El viajero prosigue hacia la punta de la isla, que está a una veintena de metros de la que duerme.

Pero no llega hasta allí.

Se sienta en un banco, a media distancia entre la que duerme y el que habla en la punta de la isla.

Desde las riberas exteriores del río, desde todas partes, los barcos toman rumbo hacia la mar. Se les ve pasar por la desembocadura formando una larga cadena.

De pronto, un llanto.

De pronto, entre el ruido de los motores y el ruido de la mar, se inserta el llanto de un niño. Se diría que ella forma parte del lugar donde duerme.

Durante un instante la voz continúa, esa voz, sin efectos, circula por la isla, se mezcla
con el llanto, se inserta entre el ruido de los motores y el estruendo de la mar.

Después cesa,

El hombre ha debido de oír el llanto.

Deja la punta de la isla. Viene. Ve al otro, al viajero, se detiene cerca del banco.

-Ah, ha venido usted.

Parte de nuevo, hacia la escalinata. Se inclina sobre ella, escucha, se incorpora, regresa, siempre apresurado. Vuelve a pasar por delante del banco, se detiene, anuncia:

-Ella duerme bien.

El llanto, incesante.

-Ese llanto, ¿es ella?

-Sí. Se impacienta, ¿comprende?, pero duerme. -Se interrumpe-. Es solamente ira,
no es nada.

-Ira, ¿contra qué?

Él muestra a su alrededor el movimiento general.

-Dios -prosigue-. Contra Dios en general, no es nada.

Se aleja con vivacidad, llega de nuevo a la punta de la isla.

El ruido aumenta. Y el llanto. Y el desorden de las desembocaduras.

El viajero se reúne con él en la punta de la isla.

Puede verle bien a la claridad de la mar: mira como en el primer día.

Los ruidos de los motores siguen multiplicándose, el movimiento de los barcos sigue multiplicándose, el engullimiento de la mar continúa.

Él habla, dice:

-¡Qué desorden! -y añade-: hay que esperar una hora todavía, ya no habrá más salidas y, en mi opinión, la mar habrá dejado de subir -prosigue-, porque, de todos modos, el tiempo pasa.

Señala la turbulenta desembocadura:

-Mire, mire aquí, mire.

Muestra el río invadido, los desgarrones del agua, la mezcla de las fuerzas del agua, el brusco ascenso de la sal hacia el sueño.

El llanto llama. El llanto grita.

El viajero dice:

-No me atrevo a volver al hotel, no me atrevo a alejarme de ella.

Él responde, frente al desorden:

-Comprendo... -señala ante él-, comprendo... Tampoco yo puedo hacerlo... Mire...

Muestra, a su alrededor, la totalidad.

El llanto sigue llamando.

El que mira la mar ya no parece oírlo.

El viajero abandona la punta de la isla, regresa hacia la que duerme. Se sienta cerca de su cuerpo abandonado, la mira. Sus labios están entreabiertos. El lamento de animal soñante se hace más suave. La cabeza está totalmente dormida. Se inclina, posa la cabeza sobre su pecho, oye el llanto del niño y los latidos del corazón conjugados, el lamento del niño, la ira del corazón.

Se levanta. Lucha contra el vértigo.

Camina, se detiene, echa a andar de nuevo. Atraviesa una vez más el terreno de la isla, se dirige otra vez hacia el que mira el movimiento de las aguas.

La mar sigue subiendo. El río se llena. Las márgenes están anegadas. La mar está cada vez más cerca del terreno de la isla.

Él hace señas al viajero para que se acerque, para que vea.

Habla, indica:

-Mire, mire allá, a lo lejos.

De las desembocaduras llega una bruma muy tenue. Danza ante los ojos, cae, la mar la desmenuza, pero llegan, danzantes, otras hileras de bruma. Él dice:

-Mire -y sonríe.

Sigue oyéndose el llanto airado del niño.

Ahora se aprecia menos el movimiento de las aguas. El engullimiento

de la sal pierde fuerza.

El viajero señala la escalinata. Solicita:

-Dígame algo de la historia.

Él no se vuelve, sólo ve lo que tiene delante, responde:

-En mi opinión, la isla salió antes -señala la mar- de ahí. S. Thala llegó después, con el polvo -agrega-, ¿entiende usted?, el tiempo...

El silencio comienza con un espaciamiento de la salida de los barcos. Él dice:

-El silencio comienza con un espaciamiento de los tiempos...

El llanto acaba de espaciarse.

-Mire.

Un valle de agua comienza a formarse entre las márgenes de cieno. En las desembocaduras empieza a verse una diferencia: la mar se orla de blanco, la sal se separa, ya no penetra. Los declives de agua están colmados.

La ira, el llanto acaba de cesar.

Una última ola de palabras sale de él. Sus ojos brillan y se cierran, encaran la paz de las aguas.

-Objeto de deseo absoluto -dice-, sueño nocturno, alrededor de esta hora o a cualquiera, abierta a todos los vientos -se detiene, prosigue-, objeto de deseo, ella está para quien quiera algo de ella, ella le lleva y le embarca, objeto de absoluto deseo.

Sus ojos se abren. Se vuelve hacia ese otro hombre, el viajero, y después hacia ella, que duerme, y después su mirada atraviesa S. Thala, se pierde.

Ellos van junto al cuerpo dormido,

Se aproximan, lo miran. El cielo se ha vuelto perfectamente claro.

Están sentados cerca del cuerpo dormido. Los labios han vuelto a cerrarse. La respiración, pacientemente, se abre camino en la respiración del conjunto.

Él la mira tal como un instante antes había mirado la mar, con una pasión insensata. El viajero pregunta:

-¿Cuándo empezó la historia?

Él se vuelve, fija en él su mirada ausente, de repente está sumergido en la certidumbre:

-En mi opinión, con la luz, con el estallido de la luz.

Él continúa mirándole, le reconoce, en la transparencia de sus ojos todo se ahoga, todo se iguala, dice:

-Usted ha venido a S. Thala por ella, usted ha venido a S. Thala por eso.

Él la señala. Ella les mira: duerme con los ojos abiertos.

El viajero abandona la isla. El otro le acompaña.

Caminan.

Caminan, rodean la estación. Él muestra al viajero el espesor, la masa de S. Thala.

-Sus hijos están allí dentro, ella los hace, ella los da -y añade-: la ciudad está llena de ellos, la tierra.

Se detiene, señala a lo lejos, hacia la mar, hacia el malecón:

-Ella los hace ahí, donde surgió el grito, ella los deja, ellos vienen, se los llevan.

Él mira fijamente en dirección al malecón, continúa:

-Es un país de arena.

El viajero repite:

-De arena.

-De viento.

Él se vuelve hacia el viajero.

Se miran:

-¿Se acuerda usted un poco...? El día del grito..., ¿se acuerda?

-Poco. Muy poco.

Él muestra de nuevo al viajero el encadenamiento continuo:

-Ella ha habitado en todas partes, aquí o en otros lugares. En un hospital, en un hotel, unos campos, unos parques, unas carreteras -se interrumpe-, un casino municipal, ¿lo sabía usted? Ahora, ella está ahí.

Señala la isla. El viajero pregunta:

-¿Prisión fuera de los muros?

-Eso es.

-En los muros ¿está ahí el crimen?

Él responde distraído:

-El crimen, etcétera.

Siguen caminando. El viajero pronuncia algunas palabras.

-Fuera, internamente voluntaria.

Él no oye, mira hacia la mar, al fondo del espacio, un claro del cielo, y dice:

-Luna, mire, luna de los locos.

Siguen caminando, lentamente. El viajero pregunta:

-¿Ha olvidado ella?

-Nada.

-¿Perdido?

-Quemado. Pero está ahí, disperso.

Él muestra con negligencia el encadenamiento continuo, la materia negra.

Se detiene, mira de nuevo la mar, largo tiempo, después retorna a la isla, cerca de ella.

Noche.

El viajero pasa por la orilla de la mar.

Rodea el hotel por detrás del muro, lo deja atrás.

Camina por una carretera, se dirige hacia una casa que hay en una elevación.

Se detiene ante la casa. Rodeando por completo la casa, la masa, el vértigo de S. Thala.

La casa es un rectángulo gris con postigos blancos. Domina la playa, la masa del malecón, la ciudad envenenada. El jardín está yermo, la hierba es muy alta y rebasa los muros.

La verja entreabierta invita, da miedo.

El viajero se va.

Camina de nuevo por la carretera, desciende hacia la playa. No va hacia el malecón, va hacia el muro.

El viajero entra en el vestíbulo del hotel que está detrás del muro. El lugar está poco alumbrado. Dos hileras de butacas están allí, cara a la mar. Una puerta da a un balcón, la puerta está abierta. Unas plantas negras se agitan con el viento que entra por la puerta. Unos espejos paralelos ocupan

las paredes. Los espejos reflejan las columnas del centro del vestíbulo, sus sombras macizas multiplicadas, las plantas verdes, las paredes blancas, las columnas, las plantas, las columnas, las paredes, las columnas, las paredes, las paredes, y después a él, el viajero, que acaba de pasar.

Día.

Ella está en el patio del hotel cuando el viajero sale. Ella lleva las ropas que vestía por la noche. Ella le espera con los ojos fijos en la fachada blanca. Rígida, fuera de las paredes, mira el hotel.

Ella oye su paso, le ve, ella va hacia él.

-He venido.

-Yo iba a buscarla -añade-. ¿Sabía usted que yo iría?

Ella no le comprende bien.

-¿Adónde?

-A la isla. ¿Lo sabía?

-No.

Ella se acerca a él, apoya la cabeza sobre su hombro en un gesto de confusión, de temor. Se diría que tiene frío. Ella dice:

-Yo conozco este sitio.

Levanta la cabeza, mira el hotel, le mira a él y añade:

-Yo le conocía a usted.

El viajero calla. El desconcierto aumenta súbitamente, ella mira de nuevo el hotel.

-He ido a la isla esta noche.

-Ah.

-Y, en la playa, la encontré a usted.

Con la cabeza levantada, ella mira la fachada blanca del edificio de formas sencillas que se alza frente a la mar, a él le cuesta llevársela. Se la lleva, rodean el hotel.

La playa.

Hay algunos paseantes a lo lejos, caballos que van al paso. El cielo es leve, el tiempo está muy claro.

Caminan hacia la mar, sobre la arena desnuda.

Ella tiene frío todavía, el hotel la persigue, se vuelve una vez más. Él la hace girar, se la lleva. Ella dice:

-Le he preguntado dónde vivía usted, él me ha pedido que le dijera cómo era usted. -Se interrumpe-. Entonces me ha dicho cómo podía encontrarle -ella interroga con la mirada-, no me he equivocado.

-No, es justamente así.

Ella está todavía temblorosa. De nuevo el hotel detrás: él dirige la cabeza hacia ese lado. Lo señala.

-¿Lo había visto ya?

-No -y añade-: no voy nunca por allí, por ese lado de S. Thala.

Él sigue llevándola. Ella camina.

Ella ve la mar. Dice:

-Algunas veces esto está tranquilo.

Se diría que comienza a olvidar el hotel.

-No se oye nada.

Ella la señala, es la mar de la mañana, la mar que bate, verde, fresca. Ella avanza, sonríe, dice:

-La mar.

Ella se detiene de nuevo. Él sigue caminando. Ella mira otra vez hacia atrás.

-Sigamos.

-Debo irme.

Ella sólo sigue al otro hombre de S. Thala. Debe de tener miedo de seguir al viajero.

Él se sienta, la llama.

-Venga a mi lado. Nos detendremos aquí.

Ella se acerca. Se sienta cerca de él. Calla. Después busca en la playa a ese otro hombre.

Es él, el viajero, quien le descubre antes.

-No está lejos, mire.

Helo ahí, a lo lejos, surgiendo de detrás del malecón. Camina en la dirección infatigable de la mar.

Ella le ha visto. El color vuelve a su rostro. Poco a poco un relajamiento se produce. El recuerdo del hotel se aleja.

Ella le mira a él, al viajero. Ya no tiembla. Está tendido sobre la arena, ella sigue mirándole. Ella debe de sentir algo de la fatiga del viaje. Toca los ojos sin sueño. Ella dice:

-He venido a verle para ese viaje.

Él la llama otra vez.

-Venga a mi lado.

Ella se desliza hasta él. Se inclina, apoya el rostro contra su pecho, se queda así.

-Oigo su corazón.

-Estoy a punto de morir.

Ella levanta ligeramente la cabeza. Él no la mira. Él repite:

-Estoy a punto de morir.

Él ha lanzado una especie de grito. La frase queda ajena. Pero el grito la hace enderezarse, separarse ligeramente de él. Ella sigue inclinada sobre él, sobrecogida, súbitamente desconfiada. Ella espera. Dice:

-No.

Ha hablado con dulzura. En esa dulzura se pierde la brusquedad del grito, se diluye la amenaza.

Ella prosigue:

-He venido a verle para ese viaje que quiere hacer.

Ella se calla. Él no pregunta. La frase permanece abierta, ella no sabe el final. Se cerrará más tarde, ella lo presiente, no precipita nada, espera.

Al otro extremo de la playa, a lo largo del malecón, la marcha se ha reanudado. El recorrido es regular. Él va, viene. Es visible a todo lo largo del recorrido. Ella le señala, dice lentamente:

-Él me ha dicho varios nombres esta mañana, cuando yo le buscaba a usted. -Se interrumpe-. Yo he elegido el de S. Thala.

Ella no se mueve, atenta al desarrollo de sus propias palabras.

-De eso nos conocíamos -añade ella-. Hace mucho tiempo que yo estoy aquí y usted debía de saberlo. Usted debía de saber algo de eso.

Derrame de arena continuo. La marcha del loco marca el tiempo de sus palabras.

-Entonces -ella prosigue- ha venido a S. Thala por mí.

Ella le examina de arriba abajo, hace un signo de negación, dice «no»,

niega el accidente del pensamiento que acaba de producirse, que acaba de atravesarla. A sí misma: no. Después, dice con certidumbre:

-Usted ha venido aquí para matarse.

Ella espera. Él no responde. Se diría que duerme. Ella le toca, añade:

-Si no fuese así, no me habría visto.

Ella le llama:

-¿Comprende?

Él hace una señal de que sí comprende. Ella se calla. Él pregunta:

-¿No la había visto nadie nunca?

Ella dice claramente:

-Todo el mundo me ve -espera-, pero usted ha visto además otra cosa.

Ella le señala a quien camina, a lo lejos, y añade:

-Él.

Ella se ha inmovilizado frente a la mar. Él dice:

-Los había olvidado.

-Sí, eso es. -Ella descifra lentamente el espacio-. Entonces, usted vino a S. Thala para matarse, y luego vio que todavía estábamos aquí.

-Sí.

-Usted se acordó.

-Sí -y añade-: de... -Se interrumpe.

-Yo no sé la palabra para decir eso.

Ambos se callan.

Una sombra pasa por el cielo. Llega el viento, se va de nuevo. El movimiento de la mar va a cambiar de sentido. Ese cambio se prepara.

La marcha, a lo lejos, continúa ante la mar.

Ella se levanta, se vuelve hacia el malecón, hacia la marcha.

-Voy a verle, volveré.

Él no la retiene. Ella está de pie cerca de él, pero con los ojos puestos en el hombre que camina a lo lejos.

-Debo preguntarle algo -y repite-: volveré.

Ella sigue esperando. Todavía tiene algo que decirle.

-Es por ese viaje. -Se interrumpe-. No entiendo cómo sé que debemos hacerlo.

Ella señala a lo lejos:

-Él me lo dirá.

Ella se aleja, él la llama. Él pregunta:

-S. Thala ¿es mi nombre?

-Sí -ella lo explica, señala-: aquí, todo es S. Thala.

Ella se aleja. Él no la llama. Ella bordea la mar.

Él mira cómo camina. Ella camina más deprisa que de costumbre. Con un paso regular, también ella, de pronto.

Ella le alcanza. Comienza a caminar con él. En lugar de volver sobre sus pasos, él continúa, ella continúa con él.

El movimiento de la mar se ha invertido. Se prepara el descenso del río, su deslizamiento hacia el abismo de sal. Por los estallidos blancos pasan las gaviotas de la mar. Llegan hasta la arena desnuda. Sus gritos hambrientos las preceden.

Ya no se las ve por ninguna parte.

Reaparecen mucho tiempo después.

Él vuelve por la orilla de la mar. Ella, por el camino de tablas: ella no mira nada, evita ver los blancos enjambres y el espesor innumerable.

Se dirigen hacia el río.

El viajero no va a la isla esta noche.

Es el principio de la tarde. Ellos pasan.

Él, por la orilla del mar. Ella, por el camino de tablas.

El viajero está en el camino de tablas.

Ella no le ve. Ella no ve nada.

Van hacia el malecón. Desaparecen detrás del malecón.

Tal vez preparan el nacimiento del hijo, allá lejos, detrás del malecón del grito de S. Thala.

Regresan al caer la tarde. Las gaviotas de la mar gritan. Ella camina ligeramente encorvada, casi pesadamente: al parecer se aproxima realmente el nacimiento de un niño.

No las llama.

El viajero espera en otra parte, les espera en el vestíbulo del hotel. Les espera a otra hora. De noche. De noche, en el vestíbulo del hotel.

El vestíbulo ha cambiado de aspecto. Los espejos se han empañado. Las butacas están enfrente de los espejos, alineadas a lo largo de las paredes blancas. Sólo las plantas negras continúan en su sitio. Siguen moviéndose con el viento que llega de la puerta abierta. Movimientos lentos de oleaje pernicioso, de espíritus muertos.

Él llega cuando es noche negra. Ella no ha venido, él está solo. Entra en el vestíbulo con su paso rápido, ve al viajero sentado en una butaca junto a la pared. Dice:

-Pasaba.

Y añade:

-Yo no vengo nunca por este lado.

Descansa, mira.

Bruscamente, ve el vestíbulo.

Rodeándolo por completo, el vestíbulo.

Él lo mira.

Sus ojos brillan. La oscuridad es casi total. Él mira como lo hace en pleno día. Prolongadamente.

Se mueve.

Va hacia el balcón, regresa, sigue mirando fijamente. Sigue acercándose. Pasa otra vez por delante del viajero sentado en la penumbra, ya no le ve, sólo ve el vestíbulo.

De repente, se inmoviliza en el centro de la pista, muestra el espacio con un gesto, describe el espacio entre las butacas alineadas y las columnas, pregunta:

-¿Estaba aquí? -Se detiene-. ¿Ahí?

Su voz es insegura.

Espera.

De pie, en el centro de la pista de baile, continúa esperando.

Después, muestra de nuevo el espacio, describe el espacio entre las butacas alineadas, repite el gesto, espera, no dice nada.

Camina, recorre el espacio, lo recorre otra vez, se detiene.

Vuelve a caminar. Se detiene de nuevo. Se inmoviliza.

Cantan, muy bajo.

Cantan.

Él canta.

Es la música de las fiestas muertas de S. Thala, los pesados acentos de su marcha.

Él avanza. La rigidez habitual desaparece de un solo golpe. Helo ahí, avanza, canta y baila al mismo tiempo, avanza por la pista, bailando, cantando.

El cuerpo se desboca, recuerda, baila al dictado de la música, devora, quema, está loco de felicidad, baila, quema, una quemazón cruza la noche de S. Thala.

Algunos segundos. Él se detiene.

Está quieto. Ya no se mueve. Ya no canta, busca a su alrededor el acontecimiento externo que ha interrumpido el baile, el canto, busca lo que ha sucedido, invadido por un vértigo que sólo él padece.

Algo se movió en el fondo del vestíbulo.

Él pregunta:

-¿Quién está ahí?

Escucha su propia voz. La fijeza de la mirada no cambia. Siente sus propias palabras tal como hace un rato sentía su propio movimiento. Él dice, él repite:

-¿Quién está ahí?

Parece tener miedo, se vuelve, se yergue.

El viajero se ha levantado, se acerca lentamente desde el fondo del vestíbulo.

El viajero mira a ese otro hombre. Da algunos pasos, llega a la luz de la pista. Él le mira.

Le ve.

La inmovilidad se rompe, la boca se abre, no sale de ella sonido alguno, él hace de nuevo un esfuerzo para hablar, no lo consigue, cae en una butaca, tiende la mano hacia el viajero, le mira como en el primer día, murmura:

-Usted, era usted. -Se detiene-. Ha vuelto usted.

Él llora.

Domingo. El ruido no aumenta en S. Thala. Hace viento. Después llueve.

El viajero camina por S. Thala bajo la lluvia.

No los encuentra.

Una noche. Un día.

El viajero no los ve en ninguna parte del espacio, del tiempo, de S. Thala.

Una noche negra.

Ella pasa por delante del hotel.

El viajero está en el balcón, la ve pasar por el camino de tablas, su sombra se destaca sobre la mar.

Ella camina lentamente, sin detenerse, hacia el malecón. No se vuelve hacia el hotel. Va directa, en la noche.

El hijo, es el hijo, su nacimiento.

Esta noche, él, el otro, la sigue. Ella avanza, le ignora. Él continúa siguiéndola. Ella se lanza, animal, se abalanza.

Ella desaparece detrás de la masa negra del malecón, se pierde en la arena, en el viento ilimitado.

Él se pierde a su vez, desaparece a su vez.

Nada más. Sólo el espesor innumerable, adormecido.

Al día siguiente, día de sol.

El viajero camina alrededor de S. Thala bajo el sol.

Se aleja, no penetra en ella. Camina por una carretera flanqueada por casas cerradas: islas en el océano de piedra.

Busca en S. Thala, más allá.

Sol todavía.

El viajero pasa por delante de una casa habitada. Hay una terraza en el parque. Desde la carretera se ve algo. Las ventanas están abiertas. Hablan en el interior de la casa.

Una mujer ríe: una risa ligera, breve.

Pleno día.

El viajero vuelve sobre sus pasos.

Se aleja.

Es el atardecer, a la orilla del río, en la isla. Ella está sola, sentada en la ribera, mira, ante sí, S. Thala. El viajero se sienta cerca de ella, ella le ve:

-Ah, ha venido usted.

Ella está absorta en lo que ve. Él le pregunta:

-¿Le ha preguntado usted sobre el viaje?

Ella recuerda:

-Él dice que yo siempre he hablado de ese viaje mientras estaba aquí, en S. Thala.

El sol se oculta. Ella está a punto de dormirse en la atención que pone mirando S. Thala. Debe de esperar ya al otro para que la conduzca al sueño.

Su rostro no tiene huella alguna de fatiga ni de dolor. Pero ha adelgazado y hay en sus ojos una fuerza sonriente.

Ella se da cuenta de que el viajero se aleja.

El viajero pasa de nuevo por delante de la casa habitada. Se detiene. Desde la calle puede verse la terraza, una parte del parque.

Llama. La puerta se abre automáticamente desde el interior, entra. El lugar es muy claro, amueblado en blanco.

Una voz de mujer:

-¿Quién es?

No responde, no llega a hacerlo. Ante él, hay un ventanal abierto que da a la terraza. La voz procede de la parte de la terraza que él no puede ver, detrás del ventanal. El viajero espera.

Y es allí, en el ventanal, donde ella aparece. A contraluz. Lleva un vestido de verano. Sus cabellos son muy negros y están sueltos.

Ella le ve mal en la penumbra de la entrada.

-¿Por quién pregunta usted?

Él avanza un paso, no dice nada. Ella sigue viéndole mal.

-¿Pero qué es lo que quiere?

El viajero avanza más hacia ella. La mujer le ve venir, sonríe, está sorprendida, pero no parece sentir ningún temor.

Él da aún otro paso, se detiene. Ha llegado a la luz de la terraza.

Ella le ve.

La mirada le abandona de golpe. El rostro se cierra, los ojos, un dolor irresistible parece atravesar su cuerpo.

Ella va hacia la terraza, él la sigue. Ella hace un gesto maquinal, señala una butaca, dice:

-Siéntese, por favor.

Ambos están de pie, inmóviles. Ella murmura.

-Ha vuelto usted...

Ya no se miran.

Él sigue de pie cerca de ella. Ella no se sienta. Se apoya en la mesa de la terraza.

Ella coge un cigarrillo. Su mano tiembla.

Ella se sienta.

Está en la luz de un parasol azul.

Él comienza a mirar: la belleza está allí, todavía presente.

A su derecha tiene una mesa baja, encima hay un libro abierto. Delante de él hay una avenida. Al fondo, una verja blanca. El parque se extiende, césped verde, hasta la verja cerrada.

-¿Ella no se ha curado todavía?

-No.

Ella aparta la vista, su cabeza cae sobre el respaldo de la butaca, se oculta mirando al parque, dice:

-Algunas veces... creo que me llama..., todavía... ahora todavía...

Hace un esfuerzo. Sus mandíbulas se aprietan para no llorar.

Ella no llora por ella misma.

Él sigue mirándola con una intensa atención. Ella no se da cuenta.

-Yo sabía muy bien que ella no había muerto, me habrían avisado... -Ella vacila y pregunta en voz más baja-: ¿Dónde ha ido a parar?

-A la prisión de S. Thala.

-Ah...

Ella desecha la imagen, vuelve a caer sobre el respaldo.

Su cuerpo es muy visible bajo el vestido. Su cuerpo todavía con vida. Sus piernas están desnudas, sus pies descalzos sobre la piedra de la terraza.

El viajero sigue mirándola con la misma atención anormal. Ella sigue sin advertirlo. Ella murmura de nuevo, pregunta:

-¿Habla todavía de mí?

-No.

Ella coge otro cigarrillo. Todavía tiembla. Sus ojos son muy oscuros, pintados de negro, fosas sin fondo donde el sentido se pierde.

Ella mira sin ver cierto punto del parque.

-Supongo que no puede hacerse nada por ella, ¿verdad?

-Nada.

Ella sigue sin advertir la atención insondable de que es objeto. Pregunta:

-¿Por qué ha regresado usted a S. Thala?

Silencio. Ella se sorprende.

Ella se vuelve hacia él. Ve, ve la mirada.

Él trata de responder. Comienza a responder:

-No estoy seguro de haberlo deseado -se interrumpe.

Hace un signo de que seguramente se equivoca, de nuevo trata de responder:

-No... Me equivoco... No... -y añade-: Lo he deseado.

-¿El qué?

-Matarme -agrega-. Buscaba un lugar para hacerlo, lo he encontrado.

Ella se incorpora ligeramente en su butaca -por espacio de un segundo su mirada se clava en el parque y vuelve a ver el pasado en su totalidad-, después su mirada regresa, y dice:

-Es así... Tiene que ser así... Dondequiera que ella vaya todo se diluye.

El viajero no recoge el error que acaba de cometerse sobre la cronología de la muerte.

-¿Es, entonces, inútil la muerte?

-Sí.

Ella le mira a su vez. Ambos se miran. Él dice:

-No estoy seguro de reconocerla a usted.

El cambio llega con la brusquedad de un paso del día a la noche:

-¿Cuál es la diferencia?

Él hace un signo: no sabe cuál.

Ella comienza a sonreír. Ella sonríe. Insensiblemente, se produce un cambio en el rostro. Ella sonríe.

-¿No lo ve usted?

La sonrisa está pegada en medio del rostro. Por debajo, el rostro se hace irreconocible. Ella sigue sonriendo.

Ya no se ve quién es ella. Ella dice:

-Míreme.

Ella se levanta. Se queda frente a él, erguida, rígida. Él tiene ante sí el cuerpo entero, el rostro, la sonrisa.

-¿No la encuentra?

-No.

Ella se sienta de nuevo.

-Siga mirando.

Ella inclina el rostro hacia adelante: se refiere al rostro. Él dice:

-Su pelo.

-Sí. -La sonrisa se acentúa.

-Teñido.

-Sí. De negro -añade, y la sonrisa se acentúa más-. Mis cabellos negros teñidos de negro. -Ella agrega todavía-: ¿Eso es todo?

El espanto pasa; terraza, parque, lugares de espanto súbitamente. El viajero se levanta, se apoya en la mesa, ya no la mira. Ella sigue mirándole, esperando todavía la respuesta, y sonríe:

-¿Qué? ¿No ve nada más? -señala a su alrededor, la habitación, el parque, el espacio cerrado por muros y verjas, las defensas-. ¿No ve usted nada?

Él niega por señas: nada más, no ve nada más. Ella dice:

-La muerta de S. Thala.

Ella repite, ella dice:

-Yo soy la muerta de S. Thala.

Ella espera, termina la frase:

-Me he librado de ella.

Ella espera un poco más, termina la frase:

-La única entre vosotros -agrega-: La única, la muerta de S. Thala.

Se vuelve hacia su parque, hacia su habitación. Ya no termina ninguna frase. La sonrisa está todavía allí, debajo de ésta no hay más que unos rasgos.

Él se va. Ella le deja ir. Ella se queda allí. Allí.

Él recorre el camino del parque, abre la verja, sale.

Afuera. El espacio. Las gaviotas de la mar que cruzan.

Hay humo negro sobre S. Thala.

Pleno día.

El viajero mira desde la ventana de su habitación.

De pronto, unos clamores de sirenas de alarma. Es hacia el río.

El viajero mira su reloj, y después, de nuevo, el humo negro en el sol.

Las sirenas cesan.

Se oyen pasos, afuera.

Una mujer atraviesa el patio, va hacia el vestíbulo. La acompañan dos niños. Visten ropas de luto.

El viajero se retira de la ventana, espera, escucha, espera.

Las sirenas de alarma vuelven a recorrer la ciudad, desencadenadas.

El humo continúa elevándose por encima de S. Thala, junto al río.

Este día, en S. Thala hace un calor inmóvil. La sombra de los árboles está anclada en el suelo de S. Thala. El viento la ha abandonado. Un sol fijo en un cielo vacío la recubre.

El viajero va hacia la mesa, toma la carta, la mete en un sobre y vuelve a dejarla sobre la mesa.

Él sale de la habitación.

El pasillo: allí, al final, el hombre que camina.

Se halla a la luz de las ventanas de la escalera.

Espera.

Los dos hombres se miran. La boca ríe, los ojos azules brillan en el rostro quemado.

Señala en dirección a las sirenas y anuncia:

-El fuego.

Sus ojos son de una transparencia líquida. Añade:

-La prisión -y agrega-: estaba apagada cuando yo me fui. -Se detiene, le informa-: Aquello arde a menudo.

Las sirenas aúllan. El viajero dice:

-Está ardiendo todavía.

-Sí, pero más lejos. -Se interrumpe-. Aquello arde siempre por alguna parte.

Las sirenas han cesado. El viajero pregunta:

-¿Pasa usted?

-La busco -explica-. Algunas veces, ella cruza los límites de S. Thala, pero basta con saberlo.

Él mira a su alrededor, añade:

-A no ser que esté aquí.

-No.

Él se aleja, recuerda algo, vuelve.

-Preguntaron por usted en el vestíbulo, he dicho que esperaran.

Se va.

El viajero se queda donde está, espera.

Mucho tiempo. Después, alguien viene.

Alguien sube la escalera. La reconoce. Es la mujer que ha atravesado el patio. Ella le ve en lo alto de los escalones. Las sirenas han cesado. Ella le mira, dice:

-Me ha dicho que estabas aquí, un hombre a quien no conozco.

Ella continúa subiendo. Él no la mira. Ella llega cerca de él.

-Podemos ir a tu habitación -el tono es tímido, asustado.

Él mira los cristales del pasillo. Ella dice:

-No te reconocía.

Ella le toca el hombro, repite:

-¿Podemos ir a tu habitación para hablar?

Él dice -la voz es lenta, suave, quebrada de repente:

-Te he escrito. La carta está todavía ahí.

Ella vuelve a dejar la carta sobre la mesa. Ella está de pie, mira por la ventana la ciudad inmóvil, el humo sobre la isla.

Las sirenas pasan, cruzan. Ella dice, con voz baja, blanca:

-No acabo de comprender...

Él la mira: la mirada está ausente. Ella retrocede, tiembla.

-Has dejado de...

Él trata de responder, no lo hace. Ella continúa:

-Me pregunto incluso... si ni siquiera al principio... nunca me habías... -Se interrumpe.

Él dice:

-Claro que no.

Las sirenas, de nuevo a todo volumen, ensordecedoras, atraviesan S. Thala. Ella deja de hablar, el miedo la ha invadido, exclama:

-¿Pero qué es eso?

-El fuego.

Ella grita con las sirenas:

-¿Dónde?

-Lejos.

El escucha las sirenas. Ella ve la atención que él pone para seguir sus recorridos. Esa distracción desencadena la ira, ella grita de nuevo:

-Hay otra cosa, estoy segura, hay otra cosa.

Las sirenas se alejan, se alejan aún más, se hacen lejanas.

Él mira ante sí, la calle vacía, el sempiterno sol.

La ira se repliega.

Ella suplica de repente:

-Háblame, te lo ruego.

Él dice:

-Querría volver a ver a los niños.

Cierra los ojos, da un paso. Ella cree que él va a irse, lo retiene...

-No te vayas antes de que yo sepa...

Él dice:

-Querría volver a ver a los niños.

Espera.

Ella no responde. Ella le mira prolongadamente, luego se acerca, vacila, se acerca más:

-¿Desde cuándo dura eso?

Su voz es lisa, sin timbre. Él dice:

-Desde siempre.

Ella lanza una exclamación, una risa forzada, breve. Él mira: el rostro se ha helado en la risa silenciosa, la mirada implora:

-¿Te burlas de mí?

-No.

La sinceridad de la respuesta da miedo. Ella retrocede. Y entonces, cuando ella ha retrocedido, él se da cuenta del error que acaba de cometer. Va hacia ella, hace un gesto de excusa, dice:

-Compréndeme... -Se detiene, agrega-: lo que quería decir... sólo lo sé desde hace algunos días.

Ella espera: nada, él no dice nada más.

Ella dice:

-Me das lástima...

Él no responde.

Los gritos brotan otra vez, pero sin fuerza, la ira se ha roto.

-Quisiera una explicación... Creo que tengo derecho...

Él no la ha oído.

-¿Qué es lo que me reprochas?

-No, nada..., yo...

Está delante de ella. Ella ve el esfuerzo que hace para intentar hablar, su impotencia para lograrlo. Ella le toma la mano, él se deja hacer. Él dice al fin:

-Se trata de un acontecimiento que se ignora -y agrega-: de orden general.

Ella suelta su mano, dice en un soplo:

-¿Lo haces a propósito?

-No.

Ella espera: nada más, él no dice nada más.

Él ha olvidado su presencia, mira la calle. De pronto, bruscamente, ella comprende la inutilidad de toda medida.

-Pero, vamos a ver... ¿Es algo serio?

La voz está como aniquilada.

-Quieres decir que...

-Sí.

Ella vacila una vez más:

-¿Y esperan algo de ti?

-Sí.

Ella espera. Él no dice nada. Sigue esperando, largo rato: nada.

Entonces ella se mueve. Camina.

Se mueve por la habitación, va, viene. Rumor de sollozos reprimidos. Se oye muy bajo:

-Y yo, pobre de mí, que no me daba cuenta de nada...

Ella se detiene de súbito.

Se queda inmóvil.

Se ha detenido cerca de la mesita de noche. Tiene en la mano un

frasco de cristal lleno de píldoras negras, no empezado. Ella lo mira, lee la etiqueta del frasco.

Las sirenas pasan en tromba por la carretera, delante del hotel, siguen dirigiéndose hacia el río.

Ella deja el frasco. Mira largo rato al hombre que está ante ella. Se pasa la mano por la cara para conjurar la visión.

Él la ve. Tiene para ella un gesto de excusa, pero no consigue decir nada. Ella pregunta, con la misma voz aniquilada:

-¿Qué significa esto...?

Él dice por señas: nada; dice por señas que eso no significa nada.

Ella se acerca a él sin ruido, llega hasta muy cerca de su rostro, hasta poder tocarlo, ella dice:

-Te conozco. No lo harás.

Las sirenas de nuevo, hacia el río.

Se callan.

Ella dice reposadamente:

-Los niños están en el vestíbulo.

Las sirenas de nuevo, hacia el río.

Los niños.

Se levantan, miran cómo se acerca. Son blancos entre sus ropas negras. No se mueven, le miran, y solamente a él.

Están uno junto a otra, a un metro de distancia, en la misma espera. Están prevenidos del drama, pero ignoran su naturaleza.

Él se detiene. Él los mira.

Los mira alternativamente, al uno, a la otra. Los separa, después los reúne. No se acerca.

Entre ellos y él hay un rectángulo de sol recortado por la abertura del balcón. Nadie franquea el rectángulo de luz. En los ojos de los niños no hay temor alguno. Solamente la avidez de conocimiento.

La madre está en algún lugar del vestíbulo, ellos no la ven.

Miran a ese hombre que calla. Esperan.

Él dice:

-No voy a volver.

La noticia es recibida en silencio.

La mirada de los niños no ha cambiado.

La avidez sigue siendo la misma.

-¿Nunca?

La voz es neutra, maquinal.

-Nunca.

La voz adulta tiene la calma de la del niño.

La mujer atraviesa el rectángulo de luz que separa al hombre de los niños, busca el aire, corre hacia el balcón, tropieza en la puerta, se inmoviliza allí, contra la puerta, oculta el rostro entre sus manos.

Los niños no la ven. Ellos ven al hombre y solamente a él.

-¿Por qué?

La voz es clara, siempre tranquila, sin coloración alguna.

-Ya no quiero niños.

La avidez sigue siendo la misma, no tiene límites. La boca está entreabierta por la avidez sin límites del conocimiento. Ninguna señal de

sufrimiento. Otra voz de niño:

-¿Por qué?

-Ya no quiero nada.

La mujer se mueve, franquea la puerta, vuelve del balcón. Ha emitido un grito sordo de sofocación.

La tensión de los rostros permanece inmutable. Y también la avidez.

Las sirenas de alarma estallan en toda la ciudad.

La mujer corre, grita:

-¿Pero qué es eso? ¿Es aquí?

Ni el hombre ni los niños le responden.

Las sirenas disminuyen bruscamente de intensidad. Cesan.

Siempre con la misma voz lúcida, un niño encadena unos acontecimientos que, en apariencia, no tienen relación.

-La policía ha venido cuando estabais arriba.

El otro niño levanta el brazo e indica en dirección al río sin dejar de mirar al hombre:

-Es un incendio, era a causa del incendio.

Un grito aislado: la madre. Grita que hay que marcharse.

-Vámonos de aquí.

Los niños hablan tranquilamente entre el aullido de las sirenas y los gritos de la mujer:

-Buscaban a alguien que estaba contigo.

-A una mujer que se ha escapado; tenían miedo.

La mujer grita:

-Vámonos de este lugar, ya no puedo más.

Los niños no la oyen.

Ella se acerca a ellos.

-Venga, venid, nos vamos.

Ella llega, los zarandea con fuerza. El niño cae. Ella lo levanta, le hace mantenerse en pie, le empuja, toma a la niña, la zarandea también, la empuja, los empuja por delante de ella, no consigue reunirlos, empuja, obliga a andar, aúlla, aúlla con las sirenas:

-O venís o pido ayuda.

Ellos no quieren moverse, siguen mirando al hombre, inmovilizados.

Ella siente miedo, grita:

-Tengo miedo, venid.

La avidez continúa insaciable, como en el primer momento. Los niños esperan todavía. La avidez quedará sin respuesta.

Ella les empuja por la espalda, les hace avanzar, empuja, empuja con todas sus fuerzas hacia la puerta del vestíbulo.

La puerta.

Han llegado a ella.

La puerta todavía. Esta golpea. Caminan por el patio del hotel.

Por la puerta del balcón, la arena, la mar. Largo rato. Después, él sale.

Ella está recostada en el muro, en el calor. Sus ojos están casi cerrados. Unas lágrimas corren por su rostro. Ella no advierte la presencia del viajero.

Sólo le ve cuando se sienta junto a ella.

Él calla. Ella dice:

-Ah, ha vuelto usted.

La mar se ve lejana a través de los párpados entreabiertos. La ciudad, allá arriba, es invisible, enviscada en sus excreciones. No hay aves. Las lágrimas manan de sus ojos. Ella dice:

-Ha venido una mujer con unos niños.

Él hace una seña: sí. Ella le ve a través de las lágrimas. Se diría que él tiene frío en el calor inmóvil. Él no mira nada, sólo la arena.

-Se han marchado.

-Sí.

Lejos, por encima de la mar, unas zonas de sombra. El cielo se cubre. Después llueve en las zonas de sombra. Ella mira. Ella llora.

-Ahora usted ya no tiene nada tampoco.

Él no le responde.

Ella llora.

Regularmente, sin intermitencias, las lágrimas manan de sus ojos.

Se forma sobre la mar un gran cuadrilátero de luz.

Ellos no lo ven.

Él mira la arena que está junto a él: la mano de ella, posada en la arena y manchada de negro. Él dice:

-Sus manos están negras.

Ella levanta sus manos, las mira a su vez, vuelve a posarlas.

-Es del incendio.

-La buscaban.

Él toma arena.

Toca la arena.

Se forma sobre la mar un gran cuadrilátero de luz blanca.

Ella tiende la mano:

-La luz, allí.

Él no oye. Pregunta:

-¿Por qué llora usted?

-Por el conjunto.

Él ve que la arena, bajo sus ojos, se ilumina. Levanta la cabeza, descubre la luz sobre la mar.

Vuelve a la arena.

-¿Llora usted por el incendio?

-No, por el conjunto.

Él no se mueve, ni mira, ni ve. Sobre la mar se ha formado el gran cuadrilátero de luz. Ella lo señala:

-Hay luz, allí.

Permanece clavado en la arena.

Ella señala por encima de la luz el cielo desnudo.

Él repite:

-La policía la busca.

Las sirenas, a lo lejos.

-Sí.

-Van a matarla.

-Yo no puedo morir.

-Es verdad.

Después, ella señala la playa. Después, cierto sitio de la playa, bajo la luz, cerca de los pilares del casino bombardeado:

-En el mismo sitio, el otro día, había un perro muerto -ella se vuelve

hacia él-, la mar se lo llevó durante la tormenta.

Ella deja de señalar, se aleja de todo, vuelve al perro muerto.

Está así mucho tiempo, todo el tiempo que necesita la luz para extinguirse, para desaparecer. Él dice:

-Yo vi el perro muerto.

-Ya pensaba yo que usted también lo había visto.

El cuadrilátero de luz lluviosa ha desaparecido.

Otras tormentas estallan.

Cortinas de lluvia soleada, por todas partes sobre la mar.

Él se pone a mirar las cortinas de lluvia.

La lluvia. Hoy no llegará hasta S. Thala. Sólo llega su olor: el del fuego, el del viento.

Ella ya no llora. Ella dice, repite:

-Ahora podemos irnos -agrega-. Usted ya no tiene nada tampoco.

-Podemos -añade él-, ya nada.

Ella ya no está junto al muro. Ha partido hacia el río.

Noche. Cae.

Unas gentes por el camino de tablas. Caminan muy lentamente. Hablan a media voz de los gritos que se oyen estos días en S. Thala, de los incendios multiplicados.

El viajero se levanta.

Camina.

Su paso es muy lento, pesado.

Costea. Rodea. Costea la playa. Después, la estación cerrada. El río. Después del río, vuelve. La marea está alta. Los barcos han partido de S. Thala. Babilonia abandonada, a lo lejos.

En la isla hay huellas del incendio, maderas quemadas, piedras ennegrecidas.

Ellos están en el último escalón de la escalinata, allí donde ella suele refugiarse. Duermen enlazados. Su sueño es profundo.

Él se sienta junto a ellos. Se duerme a su vez.

Se despierta con el día, está solo. Ellos se han ido ya hacia su labor, el cerco de las arenas de S. Thala, objeto de su recorrido.

Atardecer. Luz dorada.

Ella le espera en el camino de tablas, frente al hotel, vuelta hacia S. Thala. Él viene hacia ella. Ella dice:

-He venido a verle para ese viaje.

Ella mira más allá del hotel y de los parques, el encadenamiento continuo del espacio, el espesor del tiempo. Ella añade:

-Ese viaje a S. Thala, ya sabe.

Él no ve bien su rostro dirigido hacia el espesor.

-No he vuelto jamás desde que era joven.

La frase queda suspendida un instante, después se termina:

-He olvidado.

Ella deja de mirar S. Thala. Le sonríe. Él pregunta:

-¿Qué dice él?

-Él dice que ese viaje es necesario -y añade-: no dice por qué.

Una brisa fresca llega de la mar, muy suave, con olor a algas y a lluvia.

-Antes -dice ella- era un país de arena.

Él dice:

-De viento.

Ella repite:

-De viento, sí.

Ella está de pie en el camino de tablas. Ya no mira. No mira nada. Está erguida, frente al tiempo. Él dice:

-¿Eran grandes los ríos, los campos, detrás de la mar?

Ella sonríe:

-Sí -ella dice-, los cruzábamos en tren para ir de vacaciones en verano.

Ella repite:

-El verano.

Ambos se callan. Ella le mira. Él dice:

-Iremos cuando usted quiera.

Ella se aleja por el camino de tablas. La brisa continúa, fresca, cubriendo la playa, la luz baja de un cielo claro.

Tres días. Luz dorada.

Tres días durante los cuales nada sucede, sólo el roer incesante que aumenta con la luz, que decrece con ella.

Sol inmóvil sobre S. Thala. Viento. Luz dorada inmóvil, azotada por el viento. Olor de sal y de yodo mezclados, acre olor desenterrado de las aguas.

La mar bate, fuerte, bajo el cielo desnudo, la arena se levanta, corre, grita, las gaviotas de la mar luchan contra el viento, su vuelo es más lento.

El sitio del muro sigue vacío, el lugar está alumbrado.

Después amaina el viento, la arena es apacible otra vez. La mar se calma, el encadenamiento continuo extiende al sol su putrefacción general. Arriba, en el cielo, se aventuran de nuevo los lentos navíos de la lluvia.

Tres días.

Después, ella viene.

Ella llega, ligera, por el camino de tablas, viene hacia el viajero que la espera para acompañarla en su último viaje a través de la espesura de S. Thala.

S. Thala.

Ellos caminan. Caminan por S. Thala. Ella camina directamente, frente al tiempo, entre sus paredes. El viajero dice:

-Dieciocho años -y añade-: esa era su edad.

Ella alza los ojos, mira el paisaje presente, petrificado. Ella dice:

-Ya no lo sé.

El camino es llano, fácil de recorrer, maquinal. De cuando en cuando ella pronuncia la palabra, ella la nombra:

-S. Thala, mi S. Thala.

Después, ella mira el sol.

-No lo reconozco.

Lentamente, a su paso, desfila S. Thala, sus villas, sus parques.

La carretera se tuerce.

Después de la curva ella vacila, se detiene.

Ella mira. Ante ellos, la casa gris, el rectángulo gris con postigos blancos, perdida en medio del vértigo de S. Thala.

Alrededor está el jardín, la hierba todavía verde, loca, prendida en los postigos, desbordando los muros. Ella mira y dice:

-No valía la pena volver.

Ella comienza a caminar de nuevo.

Regresa hacia el polvo, otra vez hacia el suelo de las carreteras de S. Thala, dice mientras camina:

-Estos son otros lugares.

Ellos avanzan.

Los parques son más pequeños, las villas, los muros se tocan.

Ellos caminan.

El viajero comienza a su vez a mirar el suelo, las cenizas blancas. Dice:

-Todo ha sido retirado con los efectos personales.

-¿Cuándo? -Ella ha aminorado su paso.

-Cuando cayó usted enferma por primera vez. Después de un baile.

Ella no responde enseguida, sonríe.

-Sí, eso creo.

Caminan. Ella vuelve a mirar el suelo. Ella viste de blanco, está peinada. Él la ha preparado en la isla esta mañana, la ha lavado y peinado. Ella lleva un pequeño bolso de muchacha, igualmente blanco, el bolso blanco del viaje a S. Thala. Ella lo coge y lo abre. Saca de él un espejo. Ella se detiene, se mira, echa a andar de nuevo. Ella le tiende el espejo, se lo muestra.

-Él me ha dado esto antes de partir.

Ella abre de nuevo el bolso. Vuelve a guardar allí el espejo. Él mira: el bolso está vacío, sólo contiene el espejo. Ella lo cierra, dice:

-Un baile.

-Sí -él vacila-, se suponía que en aquel momento usted amaba.

Ella se vuelve, le sonríe.

-Sí. Después... -Ella retorna al tiempo puro, a la contemplación del suelo-, después estuve casada con un músico, tuve dos hijos. -Se detiene-. Ellos se los llevaron también.

Ella se vuelve hacia él, le explica:

-¿Sabe usted? Después fue cuando caí enferma por segunda vez.

-¿Se lo han dicho?

-Yo me acordaba de los niños -agrega ella- y de él.

El viajero se detiene. Ella se detiene a su vez. A él le cuesta trabajo hablar, ella no lo advierte.

-¿Dónde está él ahora?

En la misma ola informativa, ella dice:

-Muerto, está muerto.

El viento de la mar comienza a soplar sobre S. Thala. Él no se mueve ya, permanece allí, al viento. Ella se coloca a su lado. Ella no ha visto nada del vértigo. Ella está a gusto al viento. Ella dice:

-El viento de S. Thala, es el mismo.

Él la mira.

Detenido ante ella, la mira.

Ella debe de ver algo de la violencia de la mirada. Ella busca el destino de esa violencia, se sorprende, pregunta:

-¿Qué ocurre?

-La miro.

Ella dice, pregunta:

-No hay viaje, ¿verdad?

-No. Estamos en S. Thala, encerrados -agrega él-, yo la miro.

Ella viene, dócil, hacia él. Él la estrecha contra su cuerpo. Ella le deja hacer. Él la suelta, ella deja que la suelte.

Ellos caminan, comienzan a caminar de nuevo.

Los parques han desaparecido, los jardines.

La carretera asciende.

La mar se aleja, la arena. Ella se vuelve, las mira.

Él dice:

-«Las hileras de álamos caían derribadas detrás del tren. Él la miraba».

Ella ríe, camina.

Él dice:

-«Llanuras, campos, delgadas murallas de árboles rubios.

»Él la miraba».

Ella todavía ríe. Avanza.

Ellos avanzan.

Se produce un cambio. La carretera se ensancha. Una plaza. El viento de la mar deja de soplar poco a poco.

Ella comienza a mirar de nuevo.

Se detienen. El cambio se intensifica de repente. Ya no hay viento. El sol aumenta.

El calor sale de las piedras, por efluvios.

Sorprendida apenas, ella sonríe a su blanca patria, dice:

-Entonces, ¿es verano en S. Thala?

Parten de nuevo.

Cruzan la plaza vacía.

Ella camina más lentamente, la fatiga comienza ya.

El calor aumenta.

El sol también, lentamente resplandece.

Han cruzado la plaza. En cuanto la abandonan, helos aquí, helos aquí de pronto, surgidos de la ciudad, de los agujeros, de la piedra, indiferentes los unos a los otros, en una actividad general, los habitantes de S. Thala.

Ellos les siguen.

Ella mira con la misma atención a los habitantes de S. Thala, y sus moradas, y a él, que está cerca de ella, y la mar que está a lo lejos, aquí -sobre el frontón de un inmueble frente al que pasan-, mezclada a los términos «GOBIERNO DE», la palabra S. Thala, y allá abajo, más lejos, los blancos destellos de las gaviotas de la mar y de la arena, distintos.

Ella padece también este calor, esta inexplicable plenitud de sol.

Ellos les siguen todavía.

Ella camina cada vez más lentamente.

Ellos les dejan atrás, les abandonan.

Ella se detiene:

Es una avenida muy larga, recta.

De repente, una vez atravesada la actividad general, la plaza, se han encontrado en esta avenida muy larga, recta.

Ella no sigue caminando.

Ella comienza a mirar con desconfianza, altanera de pronto, la

extensión de la avenida.

El sol abrasa. Al parecer, sus ojos sufren, ella mira como forzada a hacerlo.

Ella echa a andar de nuevo.

Ella comienza de nuevo a no mirar nada.

Ellos comienzan a irse.

La trayectoria es larga, recta. No se ve el final.

Ella camina con los ojos semicerrados, evita el sufrimiento que le produce la luz. Ella no le habla. Ella camina.

Por todas partes los muros blancos, el despliegue de S. Thala. La avenida no tiene árboles.

Sólo él, el viajero, le ha visto: ante ellos, al final de la avenida, con sus ropas oscuras, ligero, él también camina. Ellos le siguen sin saberlo desde que partieron de la arena de S. Thala.

Los muros golpean, blancos, se multiplican a cada lado de la marcha.

Ella debe de tener calor, se enjuga el rostro con la mano, aminora el paso, echa a andar de nuevo. Ellos avanzan muy lentamente.

Los muros aumentan en número, se multiplican, se cortan, se siguen, se recortan, golpean en las sienes, hacen sangrar los ojos. No hay sombra alguna.

Siempre delante, la silueta negra en la blancura de los muros al final de la avenida.

Ella sigue sin verla.

Ella avanza.

Ella se detiene.

Es ella quien se detiene. Con los ojos en el suelo, de pronto, ella sabe: la distancia que hay entre el centro de S. Thala y la mar ha quedado kilometrada en las piernas de niña: ella alza los ojos, dice:

-Mire, han construido esto.

Es un edificio de forma indefinible, al parecer grande, de la blancura del yeso. Hay numerosas aberturas, están cerradas: los postigos de madera han sido clavados a los muros.

-Antes era una plaza.

Ella permanece quieta, repite:

-Era una plaza; ellos la han recubierto de eso.

Ella se vuelve y le ve, a él, al otro, también detenido, y que espera: ella dice enseguida:

-Necesito dormir.

Inmediatamente, comienza a andar de nuevo. El viajero la retiene. Él dice:

-Yo también recuerdo.

Ambos miran: el edificio está inmutable, se mantiene en su forma, en su tamaño. Los clavos han penetrado.

El viajero dice a su vez:

-Era una plaza -se corrige-, una superficie, plana, una plaza rodeada de muros, en los muros había una puerta.

Ellos se miran. Se ven.

-Ah, tal vez -ella ha respondido, en un murmullo.

En un movimiento muy rápido, los ojos se cierran, se abren, la mirada vuelve a la superficie. Ella espera, ella ya no le mira, ella mira el suelo, él no prosigue. Ella echa a andar de nuevo.

Ella, de pronto, camina deprisa.

La mar. Ella la ve.

He ahí el edificio, una vez dejado atrás.

Ella está ahí, muy cerca. El centro de S. Thala da a la mar.

La avenida se detiene: delante de ellos ya no camina nadie.

Hay un camino de tablas. Ellos lo cruzan. He aquí la playa sin muros, la mar, la arena, las aguas de la mar.

A su izquierda se muestra la enorme masa del centro de S. Thala. Su fachada principal domina la playa.

Ella cae en la arena, se tiende, ya no se mueve.

La arena de S. Thala.

Él se ha sentado junto a ella. Le seca el sudor de la frente, lentamente. El gesto le obliga a él a cerrar los ojos. Ella suelta el bolso que sujetaba todavía. Ella dice:

-Está el ruido.

Él continúa el gesto sobre la frente.

-Duerme.

-Sí.

Ella pega su rostro contra la arena, escucha, dice:

-Esta noche viene de ahí.

Señala el interior de la playa, de la arena. Él dice:

-Yo también lo oigo.

-Ah…

Ella pregunta en voz muy baja:

-¿Están muertos?

-No.

-¿Qué es lo que están haciendo?

-Descansar -añade él-, o nada.

Ella murmura:

-Ah, sí…, es verdad, es verdad…

Él se tiende junto a ella, se apoya sobre su mano libre, la mira. Él no la ha visto nunca de tan cerca. Él no la ha visto nunca a una luz tan intensa. Ella sigue escuchando el ruido. Ella cierra los ojos, quiere cerrarlos, sus párpados tiemblan con el esfuerzo de quererlo.

-Dígame que duerma.

Él le dice:

-Duerma.

-Sí -el tono es el de la esperanza.

Ella toca la arena. Él dice:

-Hemos vuelto a la playa. Duerma.

-Sí.

Él deja de enjugarle la frente, pasa la mano sobre los ojos para protegerlos del sol.

-Duerma.

Ella ya no responde.

Él espera.

Ella ya no se mueve. Él retira su mano. Bajo ésta, los ojos están cerrados. Los párpados tiemblan ligeramente con el retorno de la luz, pero los ojos no se abren.

Ella duerme.

Él coge arena, la vierte sobre su cuerpo. Ella respira, la arena se mueve, resbala por el cuerpo. Él prosigue, comienza de nuevo. La arena resbala otra vez. Él comienza otra vez, la vierte otra vez. Él se detiene.

-Amor.

Los ojos se abren, miran sin ver, sin reconocer nada, después vuelven a cerrarse, regresan a la oscuridad.

Él ya no está aquí. Ella está sola, tendida sobre la arena al sol, putrescible, perro muerto de la idea, su mano sigue enterrada cerca de su bolso blanco.

La entrada del edificio está vacía. Se oyen rumores. Y más lejos, al final del pasillo, la música de las fiestas sangrientas, la del himno de S. Thala, lejana, muy lejana.

Penumbra.

Después de la entrada, pasillo muy largo.

El viajero avanza por el pasillo, penetra allí. Del fondo de ese pasillo, un hombre llega. Va de uniforme.

-¿Busca usted algo?

Están frente a frente. El viajero le mira.

-¿Puedo ayudarle?

Están los dos en la penumbra. El viajero le mira con una atención extremada, anormal.

Al fin el viajero habla:

-¿Hace mucho tiempo que está usted aquí?

-Diecisiete años. -Espera-. ¿Por qué?

El viajero pormenoriza el rostro: los ojos claros ya cansados, cerca de las sienes los cabellos grises. El hombre observado se impacienta.

-¿Busca usted a alguien? -Espera, el tono se hace más cortante-. ¿Qué quiere usted?

-Miro.

El viajero no se mueve, sus ojos siguen clavados en el rostro. El hombre hace un gesto de impotencia. El viajero pregunta:

-¿Cuánto tiempo ha dicho?

-Diecisiete años.

El viajero mira el fondo del pasillo, la pregunta brota bruscamente.

-La sala de baile, ¿está por ahí?

-Había varias -y añade-: ¿de cuál habla usted?

El viajero señala una puerta del fondo del pasillo.

-De ésa.

El hombre dice:

-Ya no hay baile.

El hombre debe de ver la violencia de los ojos del viajero. Dice:

-Puedo enseñársela, si quiere.

-Gracias.

-Sígame.

El hombre precede al viajero, abre una puerta, entra, la mantiene abierta. El viajero entra.

-Véala -y añade-: Veo que tiene usted recuerdos...

Hay unos espejos, están empañados. Unas butacas están alineadas frente a los espejos, a lo largo de las paredes claras. Los zócalos de plantas verdes están vacíos.

El viajero avanza hasta el centro de la pista. Se detiene, mira a su alrededor: una tarima, un piano cerrado, unas alfombras enrolladas a lo largo de las paredes. Rodeando la pista, unas mesas desnudas.

Él oye:

-Aquí se bailaba.

Se vuelve. El hombre sonríe en la penumbra, señala la pista, pregunta:

-¿Quiere usted que la ilumine?

-No.

La luz, el sol se filtra a través de las gruesas cortinas.

El viajero va hacia la puerta cerrada. Levanta una cortina: a través de los postigos clavados, una terraza, la playa, ella durmiendo.

El viajero trata de abrir la puerta. La puerta se resiste. Él se obstina.

-Está cerrada con llave, como puede ver.

El hombre ha gritado, llega hasta cerca del viajero.

-Para qué insistir, ya ve que está cerrada.

El viajero suelta el pomo de la puerta, se queda donde está.

-Yo no tengo las llaves -el tono se suaviza de nuevo-, no tengo derecho a abrirla.

El viajero levanta otra vez la cortina: la terraza, la playa, ella.

El viajero se vuelve hacia el hombre y pregunta:

-¿La conoce usted?

El hombre se acerca, mira:

-¿A la que duerme? -La señala-. ¿A ésa?

-Sí.

El hombre mira con una falsa atención.

-A esta distancia. -Se interrumpe-. Perdone, no la conozco.

El viajero suelta la cortina, que cae de nuevo. El hombre dice:

-Lo siento.

El hombre espera, pregunta:

-¿Por qué?

El viajero no le responde. El hombre pregunta:

-¿Cuál es su nombre?

El viajero responde:

-Yo no sé nada.

El hombre dice un nombre.

El viajero escucha con una gran intensidad. El hombre pregunta:

-¿Es ése?

El viajero no responde. Suplica de nuevo:

-¿Quiere repetir ese nombre?

-¿Cuál?

-El que acaba de decir -le interrumpe-. Se lo ruego.

El hombre se aleja un poco, repite claramente, por completo, el nombre que acaba de inventar.

El viajero va hacia la puerta, adelanta los brazos como si quisiera atravesarla, después renuncia, hunde su cabeza en sus brazos doblados. Unos sollozos salen de él.

El hombre le mira, deja que pase un rato, y después va hacia él. La voz

es apacible:

-Debería usted salir, ir a buscarla.

El viajero se incorpora, sus brazos caen de nuevo.

El hombre espera todavía a que pase un instante, luego toma el brazo del viajero y le conduce a la puerta. Dice:

-Ahora tiene que irse. Yo debo ir a mi puesto.

Salen ambos. El hombre cierra con llave. La música se ha reanudado en el fondo del pasillo.

El hombre acompaña al viajero hasta la entrada y le deja.

El viajero traspasa la entrada, sale.

Ella continúa tendida, al sol. Tiene los ojos abiertos. Ve venir al viajero. Su mirada es dulce como su voz.

-Ah, ha vuelto usted.

Allá lejos, a la orilla de la mar, el otro camina de nuevo. No hay otro ser viviente en todo el espacio visible. El viajero dice:

-He estado paseando mientras usted dormía.

-Ah -ella le mira fijamente-, creí que se había ido.

Ella señala al que camina allá abajo, por la playa vacía, al sol infernal.

-Me habría ido con él -prosigue ella-. O la policía me habría llevado.

Él está sentado junto a ella. Ella le llama de pronto, toca su brazo, quiere que la mire.

-¿Dónde estaba usted? -prosigue ella-. ¿Por dónde ha paseado?

-Usted dormía, he querido dejarla dormir.

-No.

El hombre va, viene, allá abajo, con su paso regular, en la espera indescifrable, por la arena desierta. Él le mira, sólo le mira a él. Ella dice:

-Ha ido usted a llorar. Ha ido a preguntar.

La mirada le atraviesa, aguda, sin tregua. Él, el viajero, continúa mirando hacia el caminar tranquilo.

-Buscaba la plaza entre los muros.

Ella tarda en responder, en hablar más.

-¿La ha encontrado usted? -la voz es baja.

-Sí. Se ve también la puerta por la que salimos nosotros -prosigue-, separados.

Se callan.

Observan largo tiempo el acontecimiento de allá abajo, de la orilla del mar.

El movimiento de la marcha cambia: he aquí que, en lugar de volver sobre sus pasos, continúa. Ella lo ha visto. Él le mira alejarse. El viajero dice:

-Él vigila, nos vigila.

-No -añade ella-, nada.

El hombre ha torcido hacia lo alto de la ciudad. Desaparece detrás del edificio. El viajero, distraído, pregunta:

-¿Cómo? -se corrige-. ¿Qué hace entonces?

Ella se vuelve hacia él:

-¿No se lo he dicho?

-¿Vigila la mar? ¿Nos vigila, nos conduce?

-No.

El calor disminuye, el sol.

Ella siente un mayor bienestar. Ella se sienta. Llegan unas corrientes de aire, parten de nuevo. Detrás, en el encadenamiento continuo, el roer reanuda su curso. El viajero continúa preguntando:

-¿Vigila los movimientos de las mareas, los movimientos de la luz?

-No.

-¿El movimiento de las aguas? ¿El viento? ¿La arena?

-No.

-¿El sueño?

-No -ella vacila-, nada.

El viajero se calla.

Ella se vuelve hacia él. Dice:

-Ya no dice usted nada.

Ella recuerda:

-Es cierto -ella se interrumpe, la voz se vuelve tierna-, usted no es nada.

El cielo se oscurece. La marea baja se hace más pesada, se torna cieno negro. Helas ahí, las carniceras, las gaviotas de la mar.

Ella resigue, ante sí, una trayectoria invisible.

-¿Es el atardecer?

-Creo que sí.

Ella dice de pronto, con certidumbre, con dulzura:

-Yo ya no conozco esa ciudad, S. Thala, nunca he vuelto a ella.

Las palabras resuenan, se extinguen.

Ellos vigilan la playa.

La noche ya está ahí.

El hombre ya no reaparece. El viajero pregunta:

-Él no se ha ido, ¿va a volver?

-Sí -dice ella-. Algunas veces deja atrás su pensamiento, pero vuelve siempre. Esta noche volverá.

La mar se cubre de viento.

La noche ya ha llegado cuando él reaparece.

Él no va hacia ellos, asciende hacia la ciudad de S. Thala, y esta vez se pierde en su espesor. Ella dice, repite:

-Esta noche volverá -y añade-: esta noche debe prender fuego al centro de S. Thala.

La playa. La noche.

El viajero está tendido sobre la arena. Ella está tendida junto a él.

Ellos callan. Esperan.

El silencio de S. Thala es sonoro esta noche, grita, cruje, ellos escuchan, siguen sus modulaciones más secretas. Ella dice:

-Hablan, ahí al lado.

Unas voces en la arena, cerca. Él dice:

-Unos amantes.

Oyen unos lamentos amorosos, los gemidos atroces del placer. Ella dice:

-Yo ya no veo nada.

A lo lejos, el primer humo negro. Él dice:

-Yo veo.

El primer humo negro se eleva en el cielo claro de S. Thala.

Ella hace un gesto abierto, de una ternura desesperada, ella dice, murmura:

-S. Thala, mi S. Thala.

Se vuelve hacia él, se tapa el rostro.

Posa su cabeza en el hueco de su brazo, sobre su corazón.

Ella permanece así.

Las primeras sirenas cruzan S. Thala.

Ella no las oye.

El fuego crece, se extiende.

A través del humo negro brotan las primeras llamas, el cielo enrojece.

Con toda su fuerza, todas las sirenas de S. Thala suenan.

Ella se incorpora. Le ve a él, oye las sirenas, ve el cielo rojo, ella no sabe dónde se encuentra. Él dice:

-Hacía calor en la habitación, hemos bajado a la playa.

Ella recuerda, cierra los ojos:

-Es verdad...

Ella vuelve al hueco de su brazo, sobre su corazón.

Alguien sale del espesor del fuego y cruza la playa.

Detrás de él, S. Thala arde.

Él regresa. Viene.

Él está ahí.

Se sienta a algunos metros de ellos, mira el cielo, la mar.

En todo S. Thala, disparadas, las sirenas del espanto.

El hombre mira el cielo, la mar.

Después, a la que duerme en los brazos del viajero.

Se oye:

-Ella duerme.

El viajero se inclina sobre el rostro dormido y dice:

-Parece que se abren sus ojos.

Se oye:

-Entonces llega el día.

La superficie de la mar se ilumina de color rosado. Sobre ella, el cielo se decolora.

Se oye:

-El día abre sus ojos, ¿no lo sabía?

-No.

El viajero mira: los ojos, en efecto, se abren cada vez más, los párpados se separan y, en un movimiento imperceptible debido a su lentitud, el cuerpo, todo entero, sigue a los ojos, se vuelve, se sitúa en dirección a la luz naciente.

Se queda así, frente a la luz.

El viajero pregunta:

-¿Ve ella?

Se oye:

-Nada, ella no ve nada.

En la noche de S. Thala, las sirenas vuelven. La mar crece, se decolora como el cielo.

Se oye:

-Ella permanecerá así hasta la aparición de la luz.

Se callan. La luz aumenta de un modo imperceptible, tan lento es su movimiento. Y también la separación entre la arena y las aguas.

La luz asciende, abre, muestra el espacio que crece.

El incendio, a su vez, se decolora como el cielo, como la mar.

El viajero pregunta:

-¿Qué sucederá cuando llegue la luz?

Se oye:

-Durante un instante, ella quedará cegada. Después comenzará a verme de nuevo. A distinguir la arena de la mar; luego, la mar de la luz; después, su cuerpo de mi cuerpo. Luego ella separará el frío de la noche y me lo dará. Después, ella solamente oirá el ruido, ¿sabe usted? ¿De Dios..., esa cosa...?

Se callan. Vigilan la progresión de la aurora exterior.